

toman parte en las cargas», es decir, á todos los que se ayudan mutuamente. Y de la comuna nace la comunión, la participación en el festín y el cambio de los pensamientos íntimos; porque el «hombre no vive solamente de pan», y la ayuda mutua no ha cesado de producirse por la comunicación de las ideas, la enseñanza y la propaganda. No hay un hombre, ni el más egoísta, que no se esfuerce en inculcar en la inteligencia ajena su manera de concebir las cosas, y cuanto más la sociedad progresa, más aprende el individuo aislado, aun inconscientemente, en ver semejantes en los que le rodean. La vida, que fué simplemente vegetativa, en los tipos inferiores de la animalidad, lo mismo que para los hombres que vivían en la brutalidad primera, toma un carácter muy diferente y mucho más amplio en aquellos en quienes la inteligencia y el corazón se ha engrandecido. Adquiriendo la conciencia de vivir añaden un nuevo objetivo al objetivo primero, que se limitaba á la conservación de la existencia: el círculo infinitamente desarrollado abarca para lo sucesivo el bienestar de la humanidad entera¹.

Pero hay retrocesos, terribles á veces, en la marcha del progreso humano. La ayuda mutua, que tanto ha contribuído á desarrollar de hombre á hombre y de pueblo á pueblo todos los elementos de mejora mental y moral, suele ceder frecuentemente el puesto á la lucha intestina, al feroz desencadenamiento de los odios y de las venganzas. Ese furor de exterminio entre los hombres nació casi en todas partes entre los cazadores, los matadores de profesión. La caza que hace el carnívoro á los animales, que es ya una verdadera guerra, desarrollando en el hombre como en el animal los instintos de crueldad y astucia, pudo llegar á ser indirectamente la causa de la guerra propiamente dicha, de las empresas de enconado odio dirigidas al exterminio de los semejantes; porque el cazador, preocupado siempre con la idea de encontrar alimento suficiente, no puede menos que ver con desagrado al rival que le disputa su presa: llega el momento en que el odio estalla y en que el hombre vuelve las armas contra el hombre². Esta primera guerra nacida de la caza, tiene por objeto la supresión de concurrentes, ¡y cuántas otras le siguen, todas inspiradas por el mismo rudo deseo de captura y de dominio!

¹ A. Comte, *Philosophie positive*, 1869, pág. 494.

² G. de Molinari, *Grandeur et Décadence de la Guerre*, pág. 6 y 7.

Por un singular trastorno de las cosas, el choque brutal entre los hombres, la «guerra mala», como la llama Homero, es lo que muchos escritores afectan celebrar y hasta á veces glorifican sinceramente, como la mayor educadora de la humanidad. Preciso es ver en ello la supervivencia de las antiguas creencias en la virtud del sacrificio, causadas por el terror de lo desconocido, por el miedo á los espíritus malos que van por los aires, á los manes insaciables que quieren renacer haciendo morir los vivos. «Sabe que se necesita sangre para que viva el mundo y los dioses, sangre para conservar la nación entera y perpetuar la especie». Si no se hubiera derramado sangre, ni pueblos, ni naciones, ni reinos conservarían la existencia. «¡Tu sangre vertida, oh mediador, extinguirá la sed de la tierra, que se animará con nuevo vigor!» Así cantaban los Khonds de la India Central, degollando una víctima propiciatoria para repartir la carne, fecundar los campos y santificar sus hogares¹.

Ninguna ciudad, ninguna muralla se fundó en tiempos pasados entre ciertos pueblos, sin que la primera piedra hiciese derramar la sangre de una víctima. Según la leyenda, el Radjahdhava, pilar de hierro que indica el centro de las ciudades que se sucedieron en el solar en que actualmente se eleva la ciudad de Delhi, se baña continuamente en sangre; fué plantado en el mismo sitio donde el innumerable ejército de los hombres serpientes, es decir, de los indígenas, fué enterrado vivo, á la gloria de Youdichtira, hijo de Pandou.

Es cierto que las guerras, fenómeno histórico complejo que abraza toda la sociedad en el conjunto de la vida, pueden haber sido, en virtud de su misma complejidad, ocasión de progreso, á pesar de la destrucción, de las ruinas y de los males de toda especie que directamente han causado. No hay duda que tal conflicto entre tribus ó naciones, precedido de viajes de exploración que suministraron interesantes noticias sobre comarcas poco conocidas, después, terminada la lucha, tuvo por conclusión tratados de alianza y relaciones frecuentes de comercio y de amistad. Esas relaciones fueron favorables, por cuanto ensancharon el horizonte de pueblos que antes se ignoraban, aumentaron su haber y desarrollaron sus conocimientos; pero la verdad es que, lejos de ser resul-

¹ Elie Reclus, *Les Primitifs*, pág. 374.

tado de la guerra, provenían, por el contrario, del movimiento producido después en sentido inverso, y si las matanzas no se hubieran perpetrado, si las alianzas hubieran antecedido á la efusión de sangre, no se hubieran obtenido á costa de ningún sacrificio. Sucede que el pueblo no recuerda los hechos pacíficos, los acontecimientos que no han provocado terror ni desesperación: sólo recuerda los «años terribles» y refiere á esas fechas fatales los resultados de todas clases, malos ó buenos, que es necesario distinguir claramente unos de otros y repartir de otro modo, según las causas que los han determinado. No hay que hacerse ilusiones: el odio nace de la guerra y le engendra; el amor entre los hombres tiene por causa la armonía de los esfuerzos. A la ayuda mutua han de referirse una vez más las felices consecuencias que parecen derivarse de las luchas intestinas.

¡Pero cuántas veces la guerra ha llevado sus consecuencias hasta su límite extremo; cuántas veces ha sido lógica hasta el fin, produciendo el exterminio completo de una tribu y hasta de un pueblo, de una raza, suprimiendo así toda posibilidad de progreso, puesto que no quedaban ya seres vivientes que pudieran gozar de él! El odio, como el amor, se inicia fácilmente entre los hombres; estalla en pasión súbita entre los jóvenes que cortejan una misma mujer; lanza igualmente una contra otra las tribus que quieren poseer un mismo sitio de caza, de pesca ó de existencia. Y no es sólo el conflicto de los intereses lo que inspira el odio: basta que las diferencias de aspecto, de estatura, de color y de aptitudes sean muy marcadas para que broten espontáneamente las enemistades. Las hormigas negras y las hormigas rojas realizan terribles batallas; hombres negros, rojos, amarillos, morenos y blancos entrecho-can también fácilmente impulsados por la imaginación natural de pertenecer á otras razas, quizá á otras humanidades.

Se odia también á causa del contraste que forman los géneros de vida: desde el origen, al segundo día de la creación, la leyenda bíblica muéstranos dos hombres, un pastor y un labrador, que se disputan hasta la muerte de uno de ellos. Verdad es que, según la misma leyenda, ese odio provenía de Dios, quien, rechazando la ofrenda del labrador, hizo nacer el rencor contra el hermano privilegiado. Y los odios, avivados sin cesar por las narraciones, por los cantos guerreros y por la renovación de los conflictos se prolongan mucho tiem-

po después de las causas que los originaron: toman carácter atávico.

¿No han dado, con toda sinceridad, los profesores alemanes al pueblo de Francia el nombre de «enemigo hereditario»? Y, dicho sencillamente, ¿no es verdad, que durante mucho tiempo, fué costumbre,



EL PILAR DE HIERRO «RADJAHDHAVA» EN DELHI

Dibujo de C. Roux, según una fotografía.

en el lenguaje corriente á través del estrecho, tratarse de «cerdo inglés» y de «rana francesa»? También existe el odio de villa á villa. ¿Por

qué? Porque se odiaron los padres y los abuelos. La ferocidad se transforma en deber¹.

La esclavitud, consecuencia de la guerra, no se comprende sino por el desconocimiento absoluto de todo derecho en el hombre dominado. El esclavo no tiene ya las cualidades humanas, no tiene «alma», no existe. Y lo que es verdad del esclavo que se tiene bajo la mano se convierte también en verdad para el esclavo eventual ó futuro, del enemigo ó del que pertenece á una tribu extranjera: no puede tener derechos, no puede esperar ningún respeto. Las excepciones que se producen respecto de las necesidades del comercio, de las prácticas tradicionales de la hospitalidad ó la recepción de embajadores se separan de la moral corriente, se ponen al abrigo de sanciones religiosas; pero no por eso deja de considerarse justo hacer «presa» contra el enemigo, el «hombre de nada»².

La unión de los hombres por el trabajo en común se completa naturalmente, desde las edades de la animalidad, por la utilización y aun por transformaciones de la Naturaleza. Así hubieron de asociarse los primitivos para hacerse, como los monos y tantos otros animales, camas de hierbas y techos de ramas yuxtapuestas y hasta entretejidas. ¿No se construyen nidos las aves y algunos peces? ¿No edifica el castor esclusas que contienen una morada para su familia? ¿No tiene el mono una vivienda bien acomodada, á la altura media de los árboles, con techo y suelo de ramas?³ Como ellos, el hombre aprendió espontáneamente á proveerse con amplitud de los productos vegetales de la tierra: ¿no le habían enseñado, marmotas, abejas y hormigas á hacer provisiones en verano para el invierno?

La diversidad de medios y la diferencia de circunstancias originaron formas especiales de agricultura, debidas, no á la iniciación del hombre por sus «hermanos inferiores», sino á su propio genio, á su espíritu de observación, guiado por las necesidades de la existencia. Las explosiones de semillas que se hacen con violencia, hasta con ruido, no podían menos de atraer la atención de los hombres; cuando el salvaje de los

¹ León Cladel, *La Fête native de Saint-Barthélemy Porte-Gaïve*.

² Eduard Meyer, *Die Sklaverei im Alterthum*, pág. 10.

³ Tylor, *Anthropology*, pág. 229.

bosques brasileños veía caer de un gran árbol (*Bertholetia excelsa*) una pesada nuez, gruesa como la cabeza de un hombre, que, rompiéndose sobre el suelo ó sobre una raíz, lanzaba sus semillas á lo lejos, ¿cómo no había de comprender que aquellos granitos contenían en germen otros tantos árboles semejantes al que acababa de despojarse de ellos? Frutos de menores dimensiones, como la balsamina «impaciente», se desembarazan de sus semillas de una manera análoga; mejor aún, el cacahuete se entierra él mismo, y al niño que le observa le da una lección directa de agricultura; por último, las hierbas rastreras que, de distancia en distancia, muerden el suelo y plantan en él sus raicillas como verdaderos dientes, y los vegetales de tubérculos, que se rodean en la tierra de una enjambre de otras tantas bolsas nutricias, enseñan también al hombre, de la manera más evidente, los procedimientos que han de seguirse para renovar de año en año la generación vegetal. Hay pocos niños campesinos, entre los que disponen de algún tiempo ocioso, en quienes no se haya desarrollado espontáneamente el amor del cultivo. ¿Quién de nosotros no ha plantado su árbol frutal? Y lo que actualmente hace cada niño, lo hicieron también los pueblos niños en las diversas regiones de la Tierra, bajo diferentes formas, según los contrastes de los medios.

La agricultura nació, pues, en mil puntos diferentes; pero se comprende bien que muchos primitivos hayan sido más inclinados á procurarse el alimento por la caza y por la guerra que por el cultivo del suelo; porque el labrado de las tierras y los trabajos de la siembra y de la recolección, cuando se hacen en grande, exigen una aplicación sostenida, reflexión y paciencia, mientras que la persecución de la caza ó del hombre es principalmente una obra de pasión: aunque impulsado por el hambre, el primitivo ve en la caza una verdadera diversión que la perspectiva de un accidente cualquiera, hasta la misma muerte, hace más intensa y más excitante. En este caso la excitación acaba por transformarse en locura: en la lucha el hombre ya no raciocina; no tiene más que un deseo: morder su presa; desgarrarla á dentelladas; dividirla en trozos¹.

La domesticación de los animales ha de ser en muchas ocasiones más fácil que la utilización de las plantas, puesto que muchos de ellos se pre-

¹ Guillaume Ferrero, *Des Formes primitives du Travail*, «Revue Scientifique», 14 mayo 1896.

sentaron al hombre¹, y viviendo la misma vida, las especies se comprendían mutuamente. En el territorio de Carnot, en el Africa ecuatorial, los animales de la selva, domesticados fácilmente, constituyen una especie de república de lo más curioso; entre aquellos numerosos comensales del hombre, distinguíase en 1898 un gran mono amarillo, que por su propia autoridad se había constituido en vigilante: llevaba á pacer los carneros, como lo hacen los perros de Europa, y mordía enfurecido las patas de los que se apartaban del rebaño. Después, cuando los animales pacían tranquilamente, montaba sobre el que tenía más cerca y le despojaba de parásitos; evidentemente mostraba interés en hacerse el asociado del hombre, y si se concluyó el trato, fué por su iniciativa personal².

Hay comarcas en que puede decirse que esta asociación es forzosa, ya que el suelo y el clima colocan al hombre y los animales en condiciones de estricta interdependencia. En los *ranchos* y *corrales* de Nuevo Méjico, del Arizona y de la Sonora, los buitres «basureros» se hacen necesariamente comensales de la familia, y de una parte y de otra, entre las aves y los hombres nace un sentimiento colectivo de propiedad común y de solidaridad; cuando se presenta un extraño, el buitre se mantiene á cierta distancia con aire sospechoso, después, cuando sale el intruso, el buitre se acerca con satisfacción manifiesta: como las aves domésticas, pertenece á la gran familia del corral.

La paloma gusta también de la vecindad del hombre, y frecuentemente cuando el águila ó el halcón se ciernen en el espacio, busca un refugio cerca de la cabaña del hombre y hasta bajo su techo. El lobo *coyote*, menos familiar, es, si no un comensal, al menos un parásito del indio mejicano. Sabido es que viene por la noche á rodear el hogar para recoger las sobras de la comida, y se evita con cuidado espantarlo; se le reconoce como una vaga parentela, y en cambio de la tolerancia que se le asegura durante sus visitas nocturnas, se espera de él una protección eficaz contra los genios malecheros de las noches.

La domesticación de los animales no es más que un grado superior de la familiaridad primera, procedente del cambio de servicios y del hábito. En la Sonora y el Arizona el pavo es tan doméstico como en

¹ Victor Meunier, *Les Singes domestiques*.

² Blom, *Mouvement géographique*, 6 noviembre 1898.

los corrales de Europa, y todo induce á pensar que ese volátil comenzó, como la paloma, por pedir refugio y alimento al hombre, y que al fin, habituados completamente á ese nuevo medio, temió aventurarse en la selva ó sobre las abrasadoras arenas¹. La industria del hombre no tuvo que ejercerse en esta evolución del animal: bastaron la simpatía, la bondad natural y la comunidad de intereses.



UNO DE LOS MONOS DEL TERRITORIO CARNOT (AFRICA ECUATORIAL) MONTADO SOBRE UN CARNERO PARA DESPOJARLE DE PARÁSITOS

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

Por un fenómeno análogo, el hombre y el animal se comprendieron á menudo recíprocamente en otros medios para buscar el alimento común. Así, los cuclillos del Africa meridional y los Hotentotes han sabido asociarse perfectamente para la explotación de las colmenas de abejas: los primeros se encargan de descubrir el nido, después lo indican por medio de gritos penetrantes al hombre, quien responde por un

¹ W. J. Mac Gee, *The Beginning of Zooculture*, «American Anthropologist», 1897.